

## IX

La frontera: en un caserío de la montaña. La noche es negra; la una de la madrugada; noche de invierno que inunda fría y torrencial la lluvia. Delante de una casa de mal aspecto, en la que no se vislumbra resplandor alguno, Ramuncho carga sobre sus hombros una pesada caja de contrabando, bajo el agua que chorrea por todas partes, en medio de las sombras sepulcrales. La voz de Itchúa manda quedo, como con sordina, al igual del sonido que da el arco al rozar las últimas cuerdas de un contrabajo, y á su alrededor, en esas tinieblas profundas, se dejan adivinar otros contrabandistas cargados también, prontos á aventurarse en su empresa.

Esta es, ahora más intensa que nunca, la vida de Ramuncho; su existencia la constituyen las correrías nocturnas, especialmente en las noches veladas y sin luna, cuando no se ve nada y los Pirineos se convierten en un caos de sombras. Queriendo reunir la mayor cantidad posible de dinero para su viaje, toma parte en todos los contrabandos, lo mismo en los que rinden buen

producto, y en aquellos en que se arriesga la vida por un puñado de cobres. Y de ordinario también Arrakoa le acompaña, sin necesidad, por pura fantasía, más bien por entretenerse.

Se han vuelto por lo demás inseparables compañeros Ramuncho y Arrakoa, y aun hablan á veces de sus proyectos referentes al rapto de Graciosa; Arrakoa, seducido sobre todo por la atracción de una proeza atrevida, por el goce de quitarle una monja á la iglesia, por burlar los planes obstinados de su madre, y Ramuncho, á pesar de sus escrúpulos de cristiano que le detienen aún, viendo en el temerario plan su sola esperanza, su sola razón de obrar y de existir. Desde hace un mes, está decidida, en principio, la arriesgada tentativa, y durante sus conversaciones de las veladas de Diciembre, en los caminos que recorren ó en los rincones de las sidrerías de la aldea, aislados de los demás, en mesa aparte, discuten los medios de realizar el plan como si se tratara de una sencilla empresa de las que frecuentemente ejecutan en la raya fronteriza. Será preciso obrar rápidamente, concluye siempre Arrakoa, obrar en la sorpresa de una primera entrevista, que conmoverá á Graciosa profundamente, y sin dar tiempo á que reflexione ni se reponga, ejecutar el rapto...



— ¡ Si supieses — le decía — lo que es el convento de Amezqueta, donde está! ¡ Cuatro ancianas y benditas monjas con ella, en una casa aislada...! Tengo mi caballo, ya sabes, que anda mucho; una vez que mi hermana esté en el coche y contigo, ¿quién vuelve á apoderarse de ella...?

Y aquella misma noche resolvieron poner en el secreto á Itchúa, habituado á las empresas tenebrosas, inapreciable para los golpes audaces y nocturnos y capaz de todo en cuanto hubiese dinero de por medio.

El sitio de donde partían hoy para el contrabando se llama Landakoa, en Francia, á diez minutos de España. La taberna, solitaria y vetusta, parece, cuando la luz no la ilumina, una madriguera de bandidos. En aquel instante mismo, mientras los contrabandistas salen por una puerta trasera, está la casa llena de carabineros que confiadamente han pasado la frontera para divertirse aquí cantando y bebiendo. La tabernera, habituada á estos manejos y tapujos nocturnos, ha venido hace un instante á decir, en vascuence, á la gente de Itchúa :

— ¡ No hay cuidado! ¡ Están medio borrachos; ya podéis salir!

¡ Salir! Más fácil es decirlo que hacerlo. Está todo encharcado y á pesar de los makilas con punta de hierro, resbalan los pies en el lodo

pegajoso de las pendientes rápidas de los senderos.

Los contrabandistas no se ven unos á otros; no se ve nada, ni las paredes del caserío, á lo largo de las cuales se deslizan, ni los árboles, ni las rocas; van como los ciegos, andando á tientas y tropezando á cada paso, bajo un diluvio verdadero, con un ventisqueo de lluvia en los oídos capaz de ensordecerlos.

Ramuncho, que recorre por vez primera este camino, no conoce los pasos, propios de cabras, que le esperan; tropieza aquí y allá con bultos negros, que no son sino ramas de encinas, deslízase, con los pies en el lodo, vacila, se yergue otra vez, hace pie firme hincando al azar en la tierra su makila de hierro. Cierran el desfile de la cuadrilla Arrakoa y Ramuncho, siguiendo á los compañeros por el rastro y por el oído, en tanto que los de la avanzada no hacen con sus alpargatas más ruido que los lobos en el bosque.

Son por todo quince contrabandistas, escalonados en un espacio de cincuenta metros, por entre la espesa negrura de la montaña, bajo el caer incesante del aguacero nocturno; llevan cajones llenos de artículos de joyería, relojes, cadenas, rosarios y también fardos de seda de Lyon envueltos en tela impermeable; á distancia conveniente, precediéndoles, marchan dos



hombres, los exploradores, cargados de mercancías menos valiosas, los cuales, atrayéndose los disparos de los carabineros españoles, emprenderán la fuga cuando fuere preciso, dejando abandonado el contrabando. Durante la marcha no se habla sino en voz muy queda, á pesar del incesante redoble de la tormenta que apaga por sí solo los sonidos.

El contrabandista que precede á Ramuncho, se vuelve para decirle :

— Mira, que hay un torrente aquí... (Se habría podido adivinarlo, sin duda, por el estrépito con que se despeñaba, más fuerte que el sonar del aguacero.)

— ¡ Hay que pasarlo !

— ¿ Y cómo se pasa ? ¿ Por el agua... ?

— No, que hay mucha profundidad. Sígueme. ¡ Hay un tronco de árbol más arriba, atravesado !

Andando á tientas como un ciego, encontró Ramuncho, en efecto, el tronco de árbol mojado, resbaladizo y redondo. Y hételo, en pie, avanzando sobre este puente, como un mono en la selva, siempre con su pesada carga, en tanto que allá abajo, invisible y despeñado, se estrellaba el torrente. Y pasó sin saber cómo, en medio del espesor de las tinieblas y del ruido ensordecedor de las aguas.

En la orilla opuesta fué preciso redoblar las

precauciones y el silencio. Se acabaron de pronto las sendas del monte, las pendientes escabrosas, el patinar por las bajadas rápidas entre la obscuridad opresora de los bosques. Han llegado á una llanura cenagosa donde los pies se hundien; las alpargatas, atadas con cintas á las nerviosas piernas, producen, al chapuzar en las charcas, un *floc, floc*, líquido incesante. Los ojos de los contrabandistas, aquellos ojos de gato hechos para ver en las sombras, se dilatan en la obscuridad y distinguen confusamente un espacio libre alrededor, donde no les oprime ya la espesura del bosque y el continuo tropezar con el ramaje. Respiran ahora con mayor amplitud y andan de mejor postura, encontrando al fin algún descanso...

Pero un ladrido de perros, allá bajo, muy lejos, les inmoviliza de repente y se quedan como petrificados bajo el chaparrón incesante. Por espacio de un cuarto de hora esperan sin hablar ni moverse; por sus pechos corre el sudor copiosísimo y se mezcla con el agua del cielo, que penetra por el cuello de la camisa y baja hasta la cintura. Á fuerza de escuchar, perciben el zumbir de sus oídos y el latir de sus arterias.

Esta tensión de los sentidos y de las facultades, es por excelencia el atractivo de su oficio; les produce una especie de alegría casi animal,



redoblando el vigor de los músculos en estas criaturas del pasado; es como un recuerdo de las primitivas impresiones humanas en los bosques ó en los desiertos de épocas originarias... Se necesitarán aun siglos de civilización disciplinada para sofocar el amor á las peligrosas sorpresas, que induce á los niños á jugar al escondite, á los hombres á las emboscadas, á las escaramuzas de la guerra ó á las aventuras del contrabando...

Ahora han callado los perros, tranquilizados ó distraídos, atento su olfato tal vez á otra cosa. Reina de nuevo el vasto silencio, menos seguro que antes, sin embargo, pronto á romperse tal vez de un momento á otro porque allá abajo velan los canes. Á un mandato de Itchúa, sus hombres reanudan la marcha, más lenta y vacilante, en medio de la negrura del llano, un poco encorvados, agachándose instintivamente como las fieras en acecho.

Les parecía que estaban á inmediaciones del Nivelles. No lo veían, puesto que no se distinguía nada, pero se le oía correr, y avanzando un poco empezaron á enredarse en largas plantas flexibles que entorpecían el andar y crujían al dar paso á los cuerpos: eran las cañas de la orilla y el río del Nivelles, que se halla en la frontera y que había necesidad de vadear sobre una serie de rocas resbaladizas,

saltando de piedra en piedra, á pesar de la carga que dificultaba la marcha.

Pero antes hicieron alto en la orilla por un momento para reponerse y descansar un tanto. Se contaron en voz baja; no faltaba ninguno. Depositaron sobre la yerba los cajones, que parecían manchas más claras, un tanto perceptibles para ojos habituados á verlos, mientras los hombres, en pie, sobre el fondo de las tinieblas, formaban largas siluetas rectas, más negras que el horizonte solitario de la llanura.

Al pasar cerca de Ramuncho, Itchúa el dijo al oído:

— ¿Cuándo me vas á contar lo que proyectas, muchacho?

— Luego, á la vuelta... ¡ Pierda usted cuidado, Itchúa, que ya se lo contaré!...

En aquel instante, con el pecho jadeante y los músculos en acción, todas sus facultades de lucha exaltadas y exasperadas por la faena, ya no duda Ramuncho; y en la embriaguez presente de sus fuerzas y de su acometividad, no conoce ni trabas morales ni escrúpulos. La idea que ha tenido su cómplice Arrakoa de asociar á la realización del plan al tenebroso Itchúa, no le intimida absolutamente. ¡ Tanto mejor! Se dejará guiar por los consejos de este hombre astuto y violento é irá, si es preciso,



hasta el asalto y el escalamiento. En aquella noche no es sino el hombre irregular en rebel-  
día, á quien se le ha arrebatado la compañera  
de su existencia, la adorada, la que no se reem-  
plaza, la que quiere para sí á riesgo de todo...  
Y pensando en ella, en medio de la languidez  
progresiva de aquel reposo, la dese. Le repente,  
con sus sentidos todos, con frenesí repentino de  
juventud salvaje, de una manera imprevista  
y soberana...

Entretanto, la inmovilidad se prolonga y la  
respiración jadeante de los expedicionarios se  
aplaca.

Los contrabandistas sacuden sus boinas em-  
papadas, se pasan la mano por la frente para  
enjuagar las gotas de lluvia y de sudor que les  
caen sobre los ojos y experimentan entonces  
el primer estremecimiento de frío húmedo é  
intenso; sus trajes mojados les hielan; su pen-  
samiento se debilita; poco á poco, con la fatiga  
de esta noche y las de noches precedentes, se  
va apoderando de ellos una especie de entorpeci-  
miento físico, que les sobrecoge allí, en medio  
de la densa obscuridad, bajo el aguacero in-  
vernal.

Están acostumbrados por lo demás á esta  
vida y les son familiares la humedad y el  
frío y el tránsito por los caminos más extraños,  
sin cuidarse de horas extremas é intempesti-

vas, inaccesibles á los vagos temores de as-  
tinieblas, capaces de dormir sin abrigo en cual-  
quier paraje, en medio de la más negra de las  
noches lluviosas, al borde de pantanos peligro-  
sos ó en las gargantas más ignoradas de la  
sierra...

— ¡Vamos!, en marcha ya; que el descanso  
ha sido bastante largo.

Es además el instante decisivo y grave en  
que han de atravesar la frontera. Todos los  
músculos se distienden, los oídos se aguzan y  
los ojos se dilatan.

Primero los exploradores; luego, uno tras  
otro, los que llevan los fardos y los cajones,  
cargado cada cual con cuarenta kilos de peso  
sobre los hombros ó la cabeza. Resbalando aquí  
y allá en los redondos guijarros, tropezando  
y sumergiéndose en el agua, logran todos pasar  
y hacen pie firme sin contratiempo en la  
orilla opuesta. Están al fin en suelo de España.  
Ahora hay que franquear sin disparos ni malos  
encuentros doscientos metros próximamente  
que les separan de una granja solitaria, el alma-  
cén oculto del jefe de los contrabandistas espa-  
ñoles, y en llegando allí, estará ganada la partida.

Como es de suponer, la casa está sin luz, obs-  
cura y siniestra. Siempre silenciosos, tanteando  
el terreno, penetran en ella como fueron por el  
camino, de uno en uno; y en cuanto pasa el



último corren los enormes cerrojos de la puerta y quedan todos á salvo y bajo techo. Y el Tesoro español se ve frustrado en aquella noche de un millar de francos.

Encendieron una brazada de leña en el hogar de la cocina, y una vela, que colocaron sobre la mesa, y se miraron unos á otros, sonriendo regocijados de la suerte de la expedición. La seguridad presente, al abrigo de la lluvia, las llamas danzantes que reaniman, la sidra y el aguardiente que colman los vasos, despiertan en ellos la alegría ruidosa en pos del obligado silencio. Se habla sin medida, con júbilo, y el jefe, encanecido por los años, que les alberga á esta hora extrema, les dice que va á dotar á su pueblo de un buen frontón, que está ya hecho el presupuesto y que costará diez mil francos.

— Cuéntame ahora tu empresa — insiste Itchúa, hablándole al oído á Ramuncho. — Ya sospecho lo que te propones. Graciosa ¿eh?... ¿No es eso? Es un poco difícil, como bien comprenderás... Además, no me gusta ir contra las cosas religiosas, también lo sabes... Sobre que tengo mi puesto de cantor y pudiera perderlo... Pero, vamos, ¿cuánto me das en dinero si salimos avante con la empresa?

Ya había previsto Ramuncho que le costaría muy caro el tenebroso auxilio, pues Itchúa era hombre de Iglesia y habría que comprar

su conciencia ante todo. Muy conturbado y sonrojándose mucho, promete, después de discutirlo, que pagará hasta 1.000 francos. Sobre que, piensa Ramuncho, si reúne dinero, no es sino para recuperar á Graciosa, y con tal que algo quede para irse á las Américas con ella, ¡qué importa lo demás!...

Y ahora que su secreto es conocido de Itchúa y su proyecto se elabora en aquel cerebro empecinado y astuto, le parece que se ha dado un paso decisivo para la ejecución y que el plan se ha convertido en una realidad inmediata. Y entonces, en medio del desamparo lúgubre del paraje, entre aquellos que hoy como nunca le parecen diferentes á él, se extasía Ramuncho en sus meditaciones, sumiéndose en una inmensa esperanza de amor.

Bebieron la última ronda juntos, chocando con estrépito los vasos; después partieron nuevamente entre el espesor de la noche y bajo la lluvia incesante, pero ahora por la carretera y andando en pelotón y cantando. No llevan nada en las manos, nada en los bolsillos: parecen gentes como otras cualesquiera que regresan de un paseo ó de una excursión campestre.

Á retaguardia, á cierta distancia de los cantores, Itchúa, con sus piernas como zancos, camina junto á Ramuncho, con la mano apoyada



en el hombro del joven. Interesado ya en la empresa y apasionado por el éxito, desde que está acordada la suma que ha de ganar, le comunica al oído sus opiniones imperiosas.

Lo mismo que Arrakoa, quiere que se proceda con decisiva rapidez, en la sorpresa de una primera entrevista, que ha de realizarse por la tarde, tan tarde como lo permita la regla de la comunidad, á una hora indecisa y crepuscular, cuando la aldea, á los pies del pequeño convento mal guardado, empiece á adormecerse.

— Y sobre todo, chico — le dice, — no te dejes ver antes de intentar el golpe. Que no te vea ella, óyeme bien, y que no sepa tu regreso al país... De lo contrario se perderá la ventaja de la sorpresa...

Mientras Ramuncho escucha y piensa en silencio, los demás, que abren la marcha, cantan todos la misma antigua canción para llevar el paso á compás. Y así regresan á Landakoa, aldea de Francia pasando el puente de la Nivelles, en presencia de los carabineros españoles.

Y éstos no se engañan por su parte ni por un momento sobre la misión que trae por allí á aquellos hombres tan empapados en aquella noche tenebrosa...

El invierno, el verdadero invierno, se dilató gradualmente sobre el país vasco después de

los días de helada que habían extinguido las plantas anuales, cambiando el aspecto engañoso de la campiña y preparando el advenimiento de la próxima primavera.

Ramuncho adoptó sin trabajo sus costumbres de hombre sin compañía; en su casa, que aún ocupaba, sin nadie que le sirviese, se arreglaba solo, como en las colonias ó en el cuartel, concedor como era de los mil detalles de orden doméstico que practican los soldados cuidadosos. Conservaba el prestigio de las exterioridades, vestía y llevaba la cinta de los valientes en el ojal, y en el brazo, en señal de duelo, un ancho crespón.

Al principio era poco asiduo á las sidrerías del pueblo, donde los hombres se reúnen durante las noches frías. Tres años de viajes, de lecturas, de conversación con los unos y con los otros, habían introducido no pocas ideas nuevas en su espíritu, dispuesto á recibirlas, y se encontraba así, entre sus antiguos compañeros, como moralmente aislado, á mayor distancia de las cosas pequeñas, al parecer sin importancia, de que se componía la vida de ellos.

Poco á poco, sin embargo, á fuerza de estar solo y de pasar por los sitios donde los bebedores se reunían tras de los cristales, donde invariablemente proyecta alguna lámpara la sombra de los parroquianos sentados á la mesa, acabó



por habituarse á entrar también y reunirse con los otros.

Era la estación en que las aldeas pirenaicas, libres de los veraneantes que acuden en el estío, cobijadas por las nubes, las brumas ó la nieve, aparecen como fueron en los tiempos antiguos. En las sidrerías, únicos puntos iluminados, vivos, en medio de la inmensa obscuridad y el vacío de los campos, se reanima y parece palpar en las veladas de invierno algo del espíritu centenario de otras edades. Delante de las grandes cubas de sidra enfiladas en el obscuro fondo, la lámpara, colgada de las vigas del techo, vierte su resplandor sobre las imágenes de los santos que adornan las paredes y sobre los grupos de montañeses que hablan y fuman. Á veces uno de ellos entona una especie de cántiga que se remonta á la noche de los siglos; un redoble de tamboril da nueva vida á no sé qué ritmos olvidados; un rasguear de guitarra modula un aire triste de épocas moriscas...

De aquellas tabernas inocentes se retira la gente muy temprano; sobre todo en las noches lluviosas, cuyas tinieblas son tan propicias al contrabando, no hay quien no tenga algún negocio clandestino por allá, hacia la región de España.

En esos lugares, en compañía de Arrakoa, maduraba Ramuncho y comentaba su proyecto

sacrílego; otras veces, en las noches de luna, que no permiten intentar nada en la frontera, iban por los caminos los dos, por costumbre de noctámbulos, á dar juntos un largo paseo.

Los persistentes escrúpulos religiosos le detenían aún no poco, sin que apenas se diera cuenta de ello, escrúpulos inexplicables, sin embargo, puesto que había perdido la fe. Pero toda su voluntad, su audacia, su vida, concentrábanse y tendían, más cada vez, hacia aquel único objeto.

La prohibición de Itchúa de volver á ver á Graciosa antes de la gran tentativa, exasperaba su impaciente propósito.

El invierno, caprichoso como siempre en este país, seguía su marcha desigual, con sorpresas inopinadas de sol y de tiempo templado. Primero lluvias torrenciales, grandes borrascas saludables procedentes del mar de Vizcaya, se engolfaban en los valles doblegando los árboles furiosamente. Luego, otra vez el viento sur, con soplos cálidos como de estío, brisas cargadas de olores africanos, bajo un cielo alto y sombrío, entre montañas de intenso color quemado. También, algunas mañanas de helada, se divisaban al despertar las arrogantes cimas cubiertas de nieve esplendorosa.

Ramuncho sentía á veces impulsos repentinos de precipitarlo todo bruscamente, arrojando los obstáculos... Pero tenía el temor,



que le anonadaba, de encontrarse entonces frente á frente consigo mismo, solitario para siempre y sin ninguna esperanza en la vida...

Además, no faltaban pretextos razonables para esperar. Era preciso concluir los asuntos de negocios, vender la casa y reunir para la huída todo el dinero posible. Por otra parte, quería tener también la respuesta del tío Ignacio, á quien había anunciado su próximo viaje y en cuya casa esperaba encontrar el primer refugio.

Así pasaban los días y pronto empezaría á despuntar la primavera precoz. Las primuláceas amarillas y las gencianas azules, anticipándose muchas semanas, florecían ya en los bosques y á lo largo de los caminos dorados por los últimos reflejos del sol invernal...

---

En la sidrería del caserío de Gastelugain, cerca de la frontera, esperan ahora los contrabandistas el momento de salir con cajones de joyas y de armas.

Itchúa habla :

— Si vacila, mira... y no vacilará, estoy seguro... pero en fin, si vacila... ¡pues bien! la llevaremos con nosotros.: Déjalo todo á mi cuidado, que mi plan está formado. Será por la noche, ¿entiendes...? La llevamos, no importa á donde, para encerrarla en un cuarto contigo... Y si resulta mal... Supónte que por tu causa, por complacerte y ayudarte, me veo obligado á abandonar el país... Entonces tendrás que darme mayor suma, es claro... Á menos que pueda ir á ganar el pan á España...

— ¡Á España...! ¿Pero... cómo piensa usted proceder, Itchúa? ¿Cree usted que será necesario hacer algo muy grave?...

— Oh, no, no temas tal cosa; no tengo intenciones de asesinar á nadie.

X

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1685 MONTERREY, MEXICO



— Pues... ¡ Como habla usted de ponerse en salvo... !

— Bien, he dicho eso como se dicen tantas cosas. Además, que los negocios no marchan como en otras épocas. Y suponiendo que salimos mal librados y que la policía practica una averiguación en toda regla... Entonces, claro, preferiría marcharme... porque cuando estos señores de la justicia llegan á meter la nariz en alguna parte, no se contentan hasta no averiguar todo lo que ha pasado en los tiempos remotos, y aquello se vuelve interminable...

En el fondo de su ojos, expresivos en ese instante, se había dejado ver la vislumbre del crimen y el terror. Ramuncho miraba con inquietud creciente á aquel hombre á quien se creía sólidamente establecido en el país, hasta con riquezas visibles y que aceptaba con tanta facilidad la idea de la fuga. ¿Qué criminal sería, pues, para temer tanto á la justicia...? ¿Y cuáles podían ser aquellas cosas que habían pasado « en tiempos remotos? » Después de un breve silencio, dijo Ramuncho en voz muy baja y con extrema desconfianza :

— Encerrarla... ¿Habla usted seriamente, Itchúa...? ¿Y dónde la voy á encerrar? Si no tengo castillo ni calabozos para tenerla oculta...

Entonces, Itchúa, con sonrisa de fauno, des-

conocida en él hasta entonces, le dijo golpeándole en el hombro :

— Oh, encerrarla... bastará con una noche... Son todas iguales, créelo. El primer paso es difícil, pero el segundo lo dan por sí solas y antes de lo que se piensa. ¿Ó supones acaso que quiera volver á su convento después de probar el fruto?...

Por el brazo y la mano de Ramuncho pasó, como una sacudida eléctrica, la tentación de abofetear aquel rostro descolorido. Pero le contuvo la costumbre adquirida de respetar al antiguo sochantre de la liturgia, y se quedó silencioso, con las mejillas encendidas y los ojos desviados. Le sublevaba oír hablar así *de ella* y le sorprendía escuchar aquellas insinuaciones de boca de Itchúa, aquel hombre extraño en apariencia á las cosas del amor y conocido como esposo fiel de una mujer fea y vieja. No le perdonaba aquello de « encerrar á Graciosa en un cuarto con él... » La posibilidad de que pudiese ocurrir así, planteada de repente con una sola palabra ruda y grosera, afectaba su cabeza como un licor muy fuerte.

Amaba con excesiva ternura á su prometida para complacerse en las esperanzas brutales. De ordinario alejaba de su espíritu aquellas imágenes, pero aquel hombre había suscitado con crudeza diabólica una visión que quería



apartar de sus ojos, y sentía el estremecimiento consiguiente correr por sus carnes y temblaba como si tuviese frío...

Ahora, que la aventura cayese ó no bajo la acción de la Justicia, pensaba Ramuncho, tanto mejor, después de todo. Nada tenía él que perder. ¡ Todo le era igual! Y á partir de aquella noche, con la fiebre de un deseo nuevo, se sintió más temerariamente dispuesto á quebrantar las reglas, las leyes, todas las trabas y obstáculos del mundo. Las savias empezaban á ascender por todas partes en las rojizas laderas pirenaicas; los crepúsculos eran más largos y más tibios; los senderos se bordaban de violetas y de otras mil florecillas.

Los escrúpulos religiosos le detenían aún. Vivían inexplicablemente en el fondo de su alma confusa y desorientada ante el horror instintivo á la profanación, en la creencia de algo sobrenatural que envolvía los claustros y los templos para defenderlos y ampararlos...

---

## XI

Pasó el invierno.

Ramuncho, que había dormido algunas horas con sueño fatigoso en un cuartito de la casa de su amigo Florentino, en Ururbil, despertaba ahora al clarear el día.

La noche, una noche de tormenta, una noche turbia y profundamente oscura, había sido desastrosa para los contrabandistas. Desde la punta del cabo Figuiet, en las rocas, donde acababan de llegar por mar con fardos de seda, habían sido perseguidos á tiros de fusil, viéndose obligados á abandonar el contrabando, perdiéndolo todo, teniendo que huir unos á la montaña y salvándose otros á nado, por entre las rompientes, para ganar la orilla francesa, temerosos de las prisiones de San Sebastián.

Hacia las dos de la mañana, agotado de cansancio, chorreando agua y medio ahogado, había venido Ramuncho á llamar á la puerta de aquella casa solitaria para pedirle al bondadoso Florentino socorro y asilo.

Al despertar, después del estrépito nocturno de la tempestad equinoccial y de la lluvia for-



midable, del gemir de los árboles retorcidos y destrozados, notaba á su alrededor que había sobrevenido un vasto silencio. Ya no oía, ni aun poniendo oído atento, el soplo arrollador del viento del oeste, ni el estruendo de toda la Naturaleza atormentada en medio de las tinieblas. No escuchaba más que un ruido lejano, regular, potente, continuo é infatigable: el rugir de las aguas en el fondo del golfo de Vizcaya, revuelto y alborotado sin cesar desde sus orígenes. Escuchábase un mugido rítmico, como la respiración monstruosa del Océano en el sueño, una serie de golpes poderosos que semejaban el chocar de un ariete en la muralla, prolongados á cada vez por una música de olas que se estrellaban en las peñas de la costa... Pero el aire, los árboles, todos los objetos circunstantes manteníanse inmóviles; la tempestad había pasado sin causa razonable, como había empezado, y únicamente el mar daba al aire su queja dolorosa.

Para contemplar esta región, aquella costa de España, que acaso no volvería á ver, puesto que la partida estaba tan próxima abrió la ventana y dilató las miradas sobre el horizonte aún pálido, sobre la virginidad del alba melancólica.

Un resplandor gris descendía de un cielo también gris; reinaba por todas partes la misma in-

movilidad de cansancio, junto con la indecisión de las cosas que conservaban aún aires y expresiones soñolientos y nocturnos. El cielo estaba opaco; mostrábase consistente y como formado por capas horizontales acumuladas, como si lo hubiesen pintado superponiendo, unos en pos de otros, brochazos de colores muertos. Por allá abajo se alzaban las montañas parduscas; después, Fuenterrabia divisábase con su silueta meditabunda y su campanario secular que parecía más negro y desgastado por los años. Á esta hora tan matinal y misteriosa, en que los ojos de la mayor parte de los hombres no están aún abiertos, parecía como si sorprendiese en afligido coloquio de laxitud y de muerte á los seres inanimados diciéndose unos á otros al despuntar de la alborada todo lo que callan, por no infundirnos pavor, cuando la luz radia y brilla.

— ¿Para qué haber resistido la tempestad de esta noche? — decía á la imaginación el antiguo campanario, triste y cansado, enhiesto en el fondo de la lejanía. — ¿Para qué, puesto que otras han de sobrevenir, otras y otras tempestades en los equinoccios sucesivos hasta la eternidad, y yo mismo tendré que pasar y desaparecer levantado como fuí por los hombres en señal de fe y de oración, para subsistir y perdurar por años incalculables? ¡No soy ya



más que un fantasma que viene de siglos desaparecidos; continuó celebrando ceremonias y fiestas ilusorias; pero los hombres dejarán bien pronto de engañarse á sí mismos; lloro también en la agonía y he llorado por millares de muertos de quienes nadie se acuerda...! Y me conservo así inútil bajo el esfuerzo casi eterno de todos estos vientos del Oeste que vienen del mar...

Al pie del campanario se dibujaba la iglesia, en suaves tintas cenicientas, con aire de vetustez y de abandono, confesando por su parte que también ella estaba vacía, que también ella era inútil, que estaba poblada únicamente de imágenes de piedra ó de madera, de mitos sin sentido, desprovistos de eficacia y de poder. Y todas las casas, desde hacía siglos piadosamente agrupadas á su alrededor, confesaban á su vez que su protección era ineficaz contra la muerte y fermentada é irrisoria...

Las nubes, las nubes sobre todo y los montes, cubrían con su inmenso testimonio mudo lo que la antigua ciudad había murmurado allá abajo, confirmando en silencio aquellas verdades sombrías, y hablaban del cielo infinito y vacío como las iglesias, poblado tan sólo de fantasmagorías sin sustancia, del tiempo, que nunca se interrumpe, rodando como oleaje

incesante en el cual desaparecen miriadas de existencias, como átomos imperceptibles...

Un toque de agonía se dejó escuchar en aquella lejanía que Ramuncho miraba poco á poco palidecer y clarear; con lentitud, con sonidos espaciados, el antiguo campanario elevaba su voz, anunciando, una vez más, el fin de una vida; alguien moría al otro lado de la frontera, alguna alma española rendía allá abajo la postrera jornada en la luz de la alborada, bajo el espesor de las nubes opresoras; y la noción precisa se imponía al espíritu de que aquella alma descendería simplemente con el cuerpo á descomponerse con éste en la profundidad de la tierra.

Ramuncho contemplaba el paisaje y escuchaba. En la ventana estrecha de aquella casita vascuence, que no habían habitado hasta allí sino las generaciones de gentes sencillas y creyentes, puesto de codos sobre el ancho alféizar, abrió con una mano las vetustas ventanas, pintadas de verde y paseó su vista sobre la dilatada melancolía de aquel rincón del mundo que había sido el suyo y que se preparaba á abandonar para siempre. Aquellas revelaciones de los seres inanimados en torno suyo las escuchaba por vez primera su espíritu inculto, prestándoles temerosa atención. Toda una labor de destrucción de creencias se verifi-



caba repentinamente en su alma predisuelta por herencia á las angustias de la duda... Una súbita visión le sobrecogía con caracteres al parecer definitivos, de la nulidad de las religiones, de la inexistencia de las divinidades que los hombres imploran.

Y si no existía nada ¡qué simpleza temblar todavía ante la Virgen misteriosa, protectora quimérica de los conventos donde las jóvenes se encierran...!

La triste campana de la agonía, que se agitaba allá abajo pidiendo oraciones, calló al fin, y bajo el cielo cerrado se oyó solamente la respiración del mar resonando á los lejos, en medio del silencio universal. Pero las cosas continuaban en el alba incierta su diálogo sin palabras : nada en ninguna parte, nada en las tradiciones seculares, nada en el cielo donde se agolpan las nubes y brumas; tan sólo, incesante, la huída del tiempo, el renacimiento indefinido y eterno de los seres; y siempre y en pos de todo, la vejez y la muerte, la corrupción de la materia, el polvo...!

¿Era aquello lo que decían, en el lívido amanecer, los objetos tan tristes y fatigados? Ramuncho, que había escuchado bien, sintió pesar de sí mismo por haber vacilado en realizar su plan tan largo tiempo, deteniéndose en razones imaginarias. Y se juró á sí mismo,

con ruda y acerba desesperanza que *desde aquella mañana*, quedaba decidido al fin; que *llevaría aquello á cabo* aun á riesgo de todo, que nada le detendría ya...

---